

# CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

*Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.*

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** Instruccion: Estudios Históricos, por don A. Pirala. — Despedida (poesia), por don V. Barrantes. — Las Flores Animadas, por doña Joaquina García Balmaseda. — Doña Maria de Alhama, por don Carlos Frontaura. — Variedades: Donaciones inter vivos, por Gazel. — Modas. — Explicacion del Figurin.

## INSTRUCCION.

### ESTUDIOS HISTÓRICOS.

#### DALILA.

NACIMIENTO DE SAMSON. — SU CASAMIENTO. — SUS PROEZAS. — SU ENEMISTAD CON LOS FILISTEOS. — SU PRISION. — SU MUERTE. — LA MUJER DEL LEVITA DE EFRAIN. — ES VENGADA SU MUERTE.



OS mujeres pos presenta aquí la Historia Sagrada, descollando en su época. La una, Dalila, como el malvado instrumento que sirvió para castigar la debilidad de una pasión; porque cuando el hombre se degrada hasta el punto de abdicar lo que constituye su dignidad ó su fuerza, es solo juguete de sus pasiones, que le conducen á su perdición: la otra, la mujer del levita de Efrain, es el origen de la venganza de todo un pueblo, que corre entusiasmado á vengar el ultraje en ella cometido.

Afligida la esposa de Manué, de la tribu de Dan, por no tener hijos, la consoló Dios enviándole un ángel, diciéndola que le tendría, y sería consagrado al Señor, añadiéndola:

— Guárdate de beber vino ni nada de lo que embriaga, y no comas cosa alguna inmunda.... la navaja no tocará la cabeza de tu hijo, porque será nazareno,

consagrado á Dios desde el seno de su madre, y se ocupará en librar á Israel de las manos de los filisteos.

Nacido este hijo le llamaron Samson. Creció, y pidió á su padre por esposa una mujer filisteá, buscando por medio de este casamiento una ocasión de devolver á los filisteos el mal que hacían sufrir á los judíos, hacia tantos años.

Un día que fué á ver á aquella mujer, encontró en el camino un león cachorro, feroz y rugiente; se lanzó sobre él, lo cogió por la boca, y lo despedazó.

Al pasar despues por el mismo sitio, quiso ver el león que habia matado, y halló en su boca un panal de miel que habian labrado las abejas. Durante el festin con que se celebraron las bodas, propuso Samson un enigma ó parábola, que si en siete días no se descubria el sentido, tenían que darle treinta sábanas y otras tantas túnicas, y en caso contrario darlas Samson. El enigma era el siguiente: «Del que comía salió comida, y del fuerte salió dulzura.»

Como no sabian la muerte del león, no acertaban á pesar de lo acostumbrados que estaban á estos enigmas, de que tanto uso se hacia en las reuniones; y desesperados, se dirigieron á su mujer pidiéndola que arrancase por medio de caricias á su marido el secreto, amenazándole sino con quemarla. Lloró la mujer, rogó á su marido, que vencido al fin, la descubrió el enigma, lo cual hizo ella corriendo á sus conciudadanos, que fueron en triunfo á buscar á Samson y le dijeron:

—¿Qué cosa mas dulce que la miel, ni qué mas fuerte que el león?

Samson reconoció que estaba vencido, pero que habia sido engañado por su mujer, y la abandonó lleno de cólera; y creyendo sus padres que habia roto con



ella, le dieron por esposa á otro hombre, y al volver Samson á verla, se halló con esta novedad, y le ofrecieron los padres una hermana menor, con la cual podía casarse. No admitió esta escusa, y protestó que despues de taníño ultraje hecho por los filisteos, ellos serian la causa de todo el mal que en adelante iba á sucederles.

Cogió trescientas zorras, las ató tizones encendidos, y al soltarlas, incendiaron las mieses de los filisteos, las viñas y olivares. Los filisteos, en vez de vengarse de Samson, volvieron su furor contra su suegro y su mujer, y los quemaron.

Se reunen luego tres mil hombres para perder á Samson, le entregan los de la tribu de Judá, y al conducirle los filisteos atado con cuerdas, las rompe, y con la quijada de un burro, que halló á mano, mató á mil enemigos.

No desisten estos: saben que está en Gaza, cierran las puertas y cercan la ciudad; pero él duerme tranquilo, se levanta á media noche sabedor de lo que pasaba, arranca las puertas por donde queria salir, carga con ellas, y las lleva á la cumbre de un monte, dejando á todos asombrados de tanta audacia.

Los filisteos no hallaban medio de vencerle. Su orgullo resentido apeló á la traición, y como esta suele presentarse con dulzura, como el falso amigo que clava en nuestro corazon un puñal untado con miel, los sátrapas del pueblo acudieron á Dalila, jóven que vivia entre ellos, y era amada de Samson.

Débil y ambiciosa, trocó por unas monedas su cariño, y ofreció conseguir de su amado el secreto de su fuerza. Con ruegos y lágrimas, armas invencibles de la mujer, arrebató á Samson la declaracion que ansiaba.

La fuerza de Samson estaba en sus cabellos: aguarda su sueño y se los corta. Llama á los filisteos, y se apoderan de él fácilmente.

El fuerte es débil entonces: conoce la perfidia, y ve el castigo que Dios le impone por no haber moderado sus pasiones, por no haber seguido la mision que le impusieran sus padres.

Juguete de los filisteos, le sacan los ojos, le ponen á dar vueltas en un molino, y un dia que celebraban en el templo de su dios Dagon la fiesta de alabanzas á su ídolo, le conducen allí para mayor divertimento del pueblo.

Samson pide le coloquen entre las dos columnas que sostenian el templo para descansar en ellas; y habiendo recuperado su fuerza, por crecerle el cabello, se arrepiente de sus faltas, pide perdon á Dios, se ofrece en holocausto inmолando consigo á sus enemigos, y abrazándose á las columnas las derriba y se

desploma el templo, muriendo allí Samson y tres mil filisteos. Cara les costó la traicion de Dalila. Su memoria es maldita.

Pero si en el mundo se encuentran mujeres para instrumento de maldad, son una escepcion. Casi al mismo tiempo es bendecida otra mujer, y corren todos á vengar su muerte.

Es la mujer del levita de Efrain, atropellada, escarnecida, deshónrada por los habitantes de Gaba. Hállala su esposo muerta, y la divide en tantos pedazos como tribus habia de Israel.

A la vista de aquellos ensangrentados despojos, de aquellos testimonios del insulto hecho á un israelita, todo el pueblo compatriota se arma: cuatrocientos mil hombres acuden á vengar á una mujer. Su insulto cuesta la vida á los habitantes de Gaba, cuya poblacion es incendiada.

Era grandioso ver á aquella multitud, que desde el Líbano hasta los desiertos de la Idumea, desde los límites del Mediterráneo hasta las montañas de Salaad, corre presurosa á las armas, para derramar con gusto su sangre, sacrificar sus bienes y su vida, por demostrar el aprecio en que tenia la honra, el buen nombre de una mujer. ¡Qué valdria su honor sin la estimacion de los hombres!

Dios ayudó su causa porque era justa. El pueblo israelita vengó á la mujer de Efrain, como el pueblo romano á la casta Lucrecia.

Dalila enriquecida, y la mujer del levita pereciendo, ¿cuál es mas grande? ¿cuál descuella en la historia? Dalila es maldecida, y bendecida la mujer de Efrain. La una con su traicion causa la desgracia de su amante y de sus conciudadanos; la otra, víctima de un atropello, es motivo de inmarcesible gloria para su pueblo. El bien es rara vez causa de desgracias: quien siembra vientos solo recoge tempestades.

A. P.

---

## LITERATURA.

---

### DESPEDIDA.

---

Adios! adios! en tu revuelto seno guarda ¡oh mar! esta dulce despedida, como guardan las conchas escondida la perla entre las algas y entre el cieno.



De tédio vine y de pesares lleno,  
y en tu ribera dó el placer anida,  
mezclé en la copa de mi amarga vida  
néctar de amor, que endulza su veneno.

¡Maravilloso mar! tú que en la mente  
de lo divino y de lo eterno pones  
el misterio magnífico patente;

Pon en mi amada tus celestes dones,  
eterniza su amor, y haz que yo cuente  
como cuentas tú arenas, ilusiones.

V. BARRANTES.

## LAS FLORES ANIMADAS.

### La Reina y las Pastoras (1).

#### I.

#### Las dos Pastoras.

Nacieron juntas y vivieron solas  
de un valle ameno en la apartada orilla.

*Selgas.*

Es una aldea de Francia.

Las mas hermosas doncellas de la aldea, son sin disputa, Maravilla y Amapola. Maravilla con sus ojos azules y su blonda cabellera, y Amapola con su talle flexible y sus rojas mejillas.

—¡Por vida mia! esclamaba frecuentemente el alcalde contemplando á Maravilla, esta chiquilla es encantadora cuando se presenta con sus ojos bajos y su aire de modestia.

—Diablo! decia el señor del pueblo, marqués de Beaumont, si se detenía en la plaza á ver bailar á sus vasallos; esta graciosa Amapola mueve los piés con una gracia ... no he visto en la corte una mujer mas hechicera.

No era fácil hallar dos niñas mas semejantes que Amapola y Maravilla. Habitaban la misma cabaña, cantaban las mismas canciones, alimentaban las mismas avecillas, y apacentaban juntas un solo rebaño.

Lo único que no habian hecho comun era el corazón. Maravilla habia prometido un tierno cariño á Lucas, y Amapola habia jurado un amor eterno á Blas.

La misma prudencia las guiaba siempre.

Todos en la aldea amaban á las dos hermosas pas-

toras, y envidiaban su dicha. Si un lobo mataba un cordero ó dos en los alrededores, jamás era del rebaño que guardaban Maravilla y Amapola; si un zorro viejo retorcia el cuello de alguna gallina, siempre eran respetadas las de Amapola y Maravilla; el grnizo al caer se apartaba de la frambuesa de sus frambueseros, y de los racimos de sus parras; sus colmenas se veían llenas de miel delicadísima, y ellas se consideraban dichosas, tan dichosas, que algunas personas, especialmente el maestro de escuela, sostenia que debían ser hadas ó hijas predilectas de alguna encantadora.

Es lo cierto, que si se sentaban á la sombra de un árbol, un parlero ruiseñor se posaba en su copa; y si abrazadas se paseaban por estrechos senderos entre las mieses, el grillo y el salta-monte venían á su encuentro á saludarlas y cantarles la bienvenida.

#### II.

*Lo que las dos pastoras se decían antes de acostarse.*

—Otro día de ventura que acaba de deslizarse, querida Maravilla.

—Para volver á principiar mañana, Amapola mia.

—¿Sientes haber perdido tu antigua forma?

—Dejarías con gusto de ser mujer?

—No.

—Ni yo.

—Hemos hecho bien de escoger esta modesta aldea para vivir tranquilamente. La dicha solo existe en el campo.

—Con Lucas, que es tan bueno!

—Con Blas, que me quiere tanto!

—Nada hay tan bello en el mundo como ser mujer.

—Para ser dichosa es preciso tener un corazón!

Después de este diálogo, las dos niñas se miraban á un espejo.

—¿No es verdad que soy mas linda que cuando era simplemente maravilla azul; preguntaba una.

—¿Quién no me preferirá á todas las amapolas del campo, replicaba la otra.

Hé aquí lo que las dos zagalas se decían todas las noches antes de acostarse; después se abrazaban tiernamente y se dormían, hasta que las despertaban los primeros arrullos de las tórtolas.

#### III.

#### Ocurrencia de un Marqués.

El marqués habitaba una torre tan deteriorada por el tiempo, que morar en ella era vivir á la intemperie, disfrutando del viento, de la lluvia, de la nieve, y de todo el rigor de las estaciones. Tenía por

(1) La amapola, la maravilla y la azucena.



único criado un labriego, que se ocupaba de día en sus faenas rústicas y le servía por la noche de camarero, lo cual no le impedía ponderar su castillo y sus criados. Aparte de esto tenía fuero de alta y baja justicia sobre las tierras que no le pertenecían, y podía hacer prender á quien le agradase en toda una legua en contorno.

Un hermoso día en que su gota, su tos y su reuma, le habían dejado algunas horas de sosiego, le ocurrió que hasta entonces había vivido como un egoísta, y tan apuesto y gentil como era, tomó la magnánima resolución de asegurar la dicha de una mujer, haciéndola disfrutar todas las ventajas de su posición. Su elección estaba hecha: la preferida era Amapola.

## IV.

*Reflexion de un alcalde.*

Viéndose viejo, achacoso y delicado, el alcalde tuvo la sublime idea de casarse; y aunque era jorobado, cojo, desdentado y calvo, resolvió elegir la joven mas hermosa de la aldea, y fijó sus ojos en Maravilla.

## V.

*Dos zagales enamorados.*

Durante este tiempo, las pastoras sin presumir los honores que las deparaba la suerte, aceptaban tranquilamente el amor de los dos zagales.

Lucas cantaba sus amores con una voz dulce y apasionada; Blas hacía repetir al viento los ecos de su rústica flauta, no menos dulce que la voz de su amigo. Lucas tenía los cabellos rubios y rizados, lo que le hacía encantador á los ojos de Maravilla; las mejillas redondas de Blas, y su rostro risueño, enamoraban cada vez mas á Amapola. Cuando se los veía juntos con sus ropillas de fiesta, y sus zurroneos y sombreros engalanados con cintas de colores, todo el mundo convenía en que dos zagales tan perfectos como Lucas y Blas, debían amar á dos zagalas tan cumplidas como Maravilla y Amapola.

Estas habían prometido á sus amantes que se casarían en cuanto ellos les trajesen un nido de ruiseñor. Solo había que esperar un año para esa época, y los cuatro pastores se consideraban los mas dichosos de los mortales.

## VI.

*Pensamiento filosófico.*

La felicidad humana es fugitiva como la sombra.

## VII.

*Pesares.*

Lucas y Blas se paseaban por la campiña pensando en su próxima felicidad, cuando apercibieron á Maravilla y Amapola que lloraban con el mayor desconsuelo.

Los dos pastores sintieron enternecerse sus corazones á la vista de aquellas lágrimas, y Lucas exclamó con voz conmovida.

—¿Ha muerto, pastora mía, Robin, tu cordero favorito?

—¿Está mala la tórtola que te di la última primavera? preguntó Blas á Amapola.

—Nada le ha sucedido á Robin, dijo Maravilla, pero he encontrado al señor alcalde y me ha dicho: Quiero casarme contigo.

—Y yo, murmuró Amapola, he hallado al señor Marqués, y exclamó al verme: He resuelto que seas mi esposa.

Al escuchar esto los dos amantes prorumpieron en sollozos. Blas juró precipitarse al fondo de un abismo, y Lucas quiso estrangularse con una hermosa cinta que debía al amor de Maravilla.

Era aquel un espectáculo capaz de enternecer á los tigres de la Hircania.

—Lo peor de todo es, que ambos han asegurado que irán á buscarnos esta tarde, y si rehusamos seguirlos, los arqueros nos obligarán á obedecerles, dijeron las dos pastoras.

Después de otras muchas exclamaciones los cuatro tomaron el camino de la aldea.

La choza de las dos niñas estaba cercada por los soldados, y el marqués y el alcalde en cuanto las vieron se adelantaron hácia sus novias. Estas quisieron resistirse, y los arqueros hicieron círculo á su alrededor. Lucas y Blas, demasiado sensibles para soportar aquella escena, cayeron desvanecidos.

—Ah! exclamaban sollozando las dos zagalas, estábamos orgullosas de nuestra dicha! ¡Cuánto mejor sería permanecer pobres flores olvidadas en el fondo de un valle y no nos veríamos obligadas á casarnos contra nuestro gusto! Adios Blas! Adios Lucas! Adios, para siempre! no tenemos á nadie que nos proteja y nos salve.

Mientras así se entregaban á su dolor, un grupo de aldeanos apareció á lo lejos por el camino, y con ramos de flores en las manos se adelantaban cantando un himno. Mil voces á la vez exclamaban: ¡Viva la



Reina! impidiendo entender el sencillo coro que tenía un color local encantador. Todos volvieron la cabeza al escuchar el ruido, y en efecto, la reina de Francia acababa de llegar.

El marqués sorprendido con tan inesperada visita, no pudo ofrecer á la Reina las llaves de su castillo en una bandeja de oro, lo que le contrarió mucho: el alcalde por su parte, se vió en la imposibilidad de dirigirle un pomposo discurso, contratiempo que le hubiera costado una enfermedad, sino hubiera tenido que casarse al día siguiente.

(Se continuará.)

JOAQUIN GARCÍA BALMASEDA.

## DOÑA MARÍA DE ALHAMA.

—Por Santiago que esta noche ha de ser nuestro el castillo!

—Mucha es vuestra confianza, Martin amigo.

—No lo ha de ser?... Somos trescientos treinta hombres de corazon, y soldados cristianos, y os lo aseguro, aunque esos perros guardadores del castillo fuesen doble número, no volviera yo á desandar lo andado. Un cristiano se las há siempre, y con ventaja, con tres herejes lo menos.

—Vos mejor que nadie podeis decirlo.

—Y vos tambien, alferez Pimentel, que sois lo que se llama un soldado. Unicamente os conozco un defecto....

—Cuál?

—Esperad! dijo deteniendo su cabalgadura aquel hombre, que no era otro que el comendador Martin Galindo.

Y dirigiéndose á la tropa que le seguia exclamó:

—Que avancen á explorar el terreno diez jinetes y diez peones, los mas valientes y que menos teugan que perder.

Hubo un momento de confusion; era que todos querian avanzar.

—Vive Dios! repuso Martin... Hé dicho que veinte no mas!... Y silencio, ó voto á las barbas de Mahoma!... En la guerra tanta falta hace el valor como la prudencia!... Medrada empresa la nuestra si nos acecharan zorros espías!...

Todos callaron. Un grupo se separó de aquel cuerpo de tropas, y avanzó: á su frente iba Ortega del Prado.

—Nada emprendais, dijo á éste Martin, contra esa menguada hueste hasta que yo llegue.

Y tornando á colocarse al lado del alferez, y des-

pues de dar orden de proseguir la marcha á aquel reducido número de valientes, que iba á hacerse dueño del castillo de Alhama, continuó:

—Pues como decia, alferez amigo, os conozco un defecto.

—Impaciente me teneis, amigo Martin.

—Tranquilizáos; voy á deciros cuál es... porque entre compañeros de guerra debe reinar la confianza.

—Os escucho.

—En el combate, amigo Pimentel, siempre os veo en el sitio en que mas riesgo se corre de entregar la piel á los grajos y el alma á Dios; pero despues, cuando la victoria viene á consolarnos de la pérdida de nuestra sangre ó de la muerte de nuestros soldados, nunca os he visto tomar la parte que tan de ley os corresponde en ella.

—Por vida mia, que si no os esplicais mejor... interrumpió Pimentel.

—Digo que no tomais la parte que os corresponde, porque si despues de la victoria encontrais al paso algun perro enemigo, que pudo escapar de la muerte en la lucha, ó le dejais libre, ó lo que es peor, si se le atreven, vos le defendeis, sin mas ni menos que pudiérais hacerlo con un hijo.

—Y ese es defecto?... Pues ved lo que son las cosas, yo creo que el soldado ha de ser, combatiendo indomable, y despues de haber vencido, generoso.—Hacer bien á un enemigo, es meritorio á los ojos de Dios. Todos somos hombres, amigo Martin, todos hermanos, todos hijos de un mismo padre.—Antes me veais muerto, que manchadas sean mis manos con la sangre del vencido.... Considero que tambien pueden vencerme un dia, y....

—¿Sabeis, señor alferez, interrumpió Martin, que como sois buen guerrero, podríais ser clérigo edificante?... Yo, por el contrario, soy solo soldado, y mientras lo soy, no tengo ni clemencia ni piedad.... Y así debe ser.—Y eso que yo tambien algunas veces caigo en la debilidad de perdonar á los moros vencidos; pero son bien pocas.

—¿Qué quereis, señor Comendador?... Eso probará que yo soy mejor cristiano...

—Os lo concedo; pero decid, continuó Martin Galindo, ¿qué otro placer iguala al placer que se experimenta cuando despues de prolijas horas de encarnizada lucha, y despues de destrozado el enemigo, se arrasan sus abandonados hogares, se queman sus mieses, se pisotean sus preciadas riquezas, y se hacen esclavas sus mujeres. Oh! por San Martin, mi patron, que cuando esteis curtido á cuchilladas y agujereado á ballestazos, cuando tengais mi experiencia y mis cicatrices, no os asaltarán tan menguados escrúpulos.

—Nunca, Comendador! Nunca, despues de terminada la pelea y lograda la victoria, me ocuparé en otra cosa que en dar gracias al Dios de la paz por



haber conservado mi vida, y en aprestar mis armas por si hay que comenzar de nuevo. Nunca podré vencerme á esos escesos.

—Se me antoja que esta noche habeis de mudar de parecer.

—Errado vais, si tal habeis llegado á imaginar.

—Lo veremos.—Sabed que os reservo una sorpresa.

—Sí?

—Sí. El alcaide moro de Alhama sé que á estas horas no está en el castillo; pero en cambio en él se alberga, bien agena de que á su retiro se acercan tropas cristianas, una hija de aquel judío, pobre gacela que por hermosa y por infiel es el dón de mas precio que puedo ofrecer á un adalid como vos. Yo os la cedo.

—Y yo la acepto; pero entended que es solo para defender su existencia y su recato, aunque para ello tenga que verter toda mi sangre.—En tanto que yo esté en el castillo, nadie será osado á dirigirme palabra libre ó atrevida mirada.

—Quien os oyera hablar de ese modo, diria que conocéis á la hija del moro, y que su hermosura esclaviza vuestro corazon, dijo un si es no es receloso el comendador.

—Os juro por el alma de mi pobre padre, que en mi vida la he visto, repuso Pimentel.

—Basta de conversacion, alférez; ya se distingue el castillo.

Y en medio de las sombras, y con tanta precaucion, que ni el aire percibia el ruido de sus pasos, avanzaron Martin Galindo y los suyos, reuniéndose poco despues con los veinte exploradores, que aseguraban hallarse todo tranquilo y no haber sido descubiertos.

## II.

En un reducido aposento del castillo de Alhama, adornado con una riqueza y un buen gusto verdaderamente orientales, sentada en un cojin de terciopelo azul recamado de oro, está Zaida, la hermosa, la inocente. Píntase fiel en su semblante la cándida pureza del niño que vive ignorando lo que es la vida, y ni la mas leve sombra marca la importuna huella en su purísima frente.

Contempla las flores que, como todos los dias, halló de mañana sobre la blanca repisa de la ventana ojiva de su aposento. Aquellas flores, brillantes y húmedas por benéfico rocío, erguidas y olorosas, cuando á la aurora fueron arrebatadas á la madre naturaleza, están ya descoloridas, místicas y se doblan tristemente sobre el borde del precioso vaso en que manos cuidadosas las colocáran.

Zaida quiere penetrar el misterio de aquel cambio,

que há dias le preocupa, é interroga á Alide, su aya favorita.

—Respóndeme, Alide, le dice, ¿por qué estas flores pierden su color, cuando el dia se torna noche, y la luz sombra? ¿Por qué cuando las hallo de mañana ya han vuelto á cobrar colores y fragancia?

—Es que cada dia, responde Alide, son distintas las flores que cuido de colocar en vuestro aposento. La vida de las flores es muy corta.

—Solo viven un dia?....

—Y algunas menos. Son imagen de la felicidad, brillan un momento y desaparecen.

—Estás triste, Alide?...

—Vuestra pregunta, señora, ha despertado en mí tristes recuerdos.

—Cuéntame tus penas; aunque mi padre dice que eres mi esclava, yo te quiero por amiga, por hermana, y debo consolarte.

—No hay consuelo á mi dolor, ni vos podeis comprenderlo..... Yo tambien era hermosa como vos.....

—Prosigue, Alide mia, prosigue.

—Yo tambien tenia riquezas que pregonáran mi hermosura; yo tambien quien cada nuevo sol pusiera en mi aposento flores preciosas.

—Tú!

—Sí! contestó resueltamente la esclava, cuyos ojos brillaban con un extraño fulgor.

—No te entiendo! dijo tímidamente Zaida, dominada de un terror instintivo al ver asomar á los lábios de su servidora una satánica sonrisa.....

—Tiempo llegará en que me entendais.....

—Tú me ocultas alguna desgracia!.... Tú no me amas ya!.... Añadió la pobre niña, queriendo tomar entre las suyas las manos de Alide.

—El esclavo no puede amar á su señor, dijo ésta, posando la terrible mirada en aquella inocente.

—Qué ingrata eres! ¿no acabo de decirte que eres mi amiga, mi hermana?....

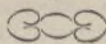
—Yo tu amiga?.... Yo que aborrezco de muerte á tí, y á todos los tuyos! yo, que vivo mártir á vuestro lado, devorando penas, y alimentando mi espíritu con la esperanza de vengarme!....

—De vengarte?... Pues ¿qué mal te hago yo? No te amo como amaba á mi madre, como amo las flores que cada dia me ofreces?.... No reprendo yo misma á mi padre, cuando alguna vez me acusa de tratarte con amor?....

—Vuestro padre! Alá maldiga á vuestro padre, y os maldiga á vos y á vuestros hijos, y á los hijos de vuestros hijos.

(Se continuará.)

CARLOS FRONTAURA.





# VARIEDADES.

## DONACIONES INTER VIVOS.

### Rasgo sui géneris.

El mundo es un gran teatro destinado á las representaciones, de la llamada por Balzac *Comedia humana*.

En este teatro el decorado y los actores varían en la forma, aunque en el fondo sean siempre los mismos.

Cada ceremonia social es una representación, cada representación suele ser un beneficio, y cada beneficio objeto de multitud de regalos ó presentes.

Al entrar en la compañía cada actor lleva uno ajustado, que es el aniversario del santo, con cuyo nombre le bautizan. En este día sus compañeros trabajan en beneficio de él.

Además de este beneficio general hay otros especiales en mayor ó menor número, según el mérito y la importancia del actor.

Hé aquí la causa de los plácemes y felicitaciones de todos géneros.

Todos tenemos un día en el año, al menos en que se nos desea que seamos felices veinte y cuatro horas.

Así al menos consta de la frase, *que los tenga Vd. felices*, con que se nos saluda en el día de nuestro santo.

Pero hay más. Como las palabras se las lleva el viento, y el adagio afirma, que obras son amores, necesario ha sido materializar un poco las felicitaciones, y contribuir con dádivas á la ventura del que está de enhorabuena. Este es el fundamento, altamente lógico de los *presentes*, autorizados después por la costumbre, que por una serie no interrumpida de actos ha venido á demostrar que para que se nos tenga presentes forzoso es dar, aunque sean disgustos. Llegamos, pues, al punto en que la felicitación toma la forma de una torta ó de un ramillete, ó de un aderezo ó de unos calcetines, según la posición y las relaciones de los que dan y de los que reciben. Entonces es cuando perdiendo la susodicha su carácter, pasa á ser una donación *inter vivos*, por obra y gracia de la mencionada costumbre.

Lo dicho acerca del día del santo es aplicable á los plácemes de casi todos los demás aniversarios.

De estas felicitaciones pasaremos á esas otras manifestaciones de júbilo que nos arranca la ventura ajena; semilla de venturas propias, que con el ma-

yor desinterés arrojamos sobre los campos, que por hallarse cultivados garantizan la seguridad de la cosecha.

Cuando algunos hombres salen de los gabinetes, donde como en panteones han pasado años enteros, los mejores quizá de la vida, enterrados en libros y retirados del mundo, cuando venciendo obstáculos tras obstáculos se sobreponen á los demás; mientras los ciegos por la envidia murmuran, los más sagaces halagan su orgullo, pasión característica de la debilidad humana, que la mujer lleva en el corazón, en la cabeza el discreto y el tonto en la cara.

Estos halagos son esos plácemes que de ecos pasan á letras, y de letras á efectos componentes del regalo ó donación *inter vivos*, ó semilla de esperanzas arrojada, como hemos dicho, para que fructifique realidades al calor del agradecimiento.

Después de estas enhorabuenas, peticiones simuladas más bien que donaciones, réstanos hablar de las llamadas prendas de amor, que el corazón ofrece, y que varían según el estado en que se dan y reciben.

Estas son las verdaderas donaciones francas y espontáneas por lo general, aunque algunas están dictadas por la vanidad.

Las primeras de estas ofrendas son tributadas á la belleza por los pretendientes de corazones, y las flores pagan el pato, porque en las primeras escaramuzas de amor todo pende de la vista, y este el sentido más halagado para batir por medio de él el orgullo ó el corazón de las mujeres.

No hay casa de niña galanteada que no parezca un jardín, ni amante en primer grado que no sea parroquiano de alguna florista.

Nada más natural que servirse para espresar ciertas emociones de los mismos caracteres de que la madre tierra se sirve para hacer visible su belleza.

Siempre á las flores se las ha hecho interpretar sentimientos puros, bellos, ingeniosos; siempre han sido letras de un dialecto espiritual. Pero las flores se secan y las almas se materializan.

Estamos en la segunda clase de donaciones.

Son dos novios que se aman, con permiso del papá ó sin él.

En el primer caso los presentes son en presencia, esto es, directos de uno á otro, sin portador ni tercero, y hay lo del retrato y las pulseras con lo propio, y el alfiler con el mencionado, y la sortija con pelo, y el guarda-ídem, y la trenza del mismo y el pañuelo marcado con el susodicho.

Cuando la autoridad se interpone entre dos corazones enternecidos, el tercero es indispensable, tanto como el correo en la ausencia, y de esto resulta, que así como las cartas han de franquearse para que lleguen á su destino, las ofrendas de amor necesi-



tan para no estraviarse un cierto sello, que casi siempre se pierde en el camino.

Reprobamos esta clase de donaciones, porque en materia de amor todo debe ser directo y franco.

Hay otra clase de presentes ú ofertas, mal llamadas donaciones por algunos, y de las cuales no hablamos, porque creemos que deben estudiarse en los contratos de compra y venta.

Hasta aquí, pues, las donaciones *inter vivos*.

Si dijese ahora—que no dirá—alguna de mis discretas lectoras:

—Este artículo no es lo que su título; indica, y va de dos, señor Gazél, que nos engaña Vd. con los encabezamientos.

—Jamás, y esta vez menos que nunca. Yo he ofrecido un rasgo *sui generis*—esto es, *comme il faut*—sobre un punto de derecho: yo para cumplir mi compromiso he apuntado algunas observaciones sobre una especie de jurisprudencia consuetudinaria que todos conocemos, luego yo he cumplido lo que ofrecí: Vale

GAZÉL.

## MODAS.

La Moda se presenta ligera y seductora, cual conviene á las calurosas noches del Estío. A la luz de la luna, en los paseos de las misteriosas alamedas, mas que novedades en las telas convienen el buen gusto y coquetería en las formas.

Bareses lisos, para trajes sencillos: granadinas con disposiciones de cuadros en los volantes, para mas vestidas; y tarlatanas, gasas y muselinas de seda para los bailes que permite la estacion, son las telas mas recomendadas.

En cuanto á hechuras los volantes, las dobles faldas, y los adornos de caidas á los lados alternan indistintamente. El talle redondo es el generalmente admitido en las telas ligeras, así para cuerpo alto, como para cuerpo escotado. Sobre estos últimos se ponen lindos y caprichosos fichús de organdi ó de muselina bordada, con caidas ó sin ellas: los canesús de muselina blanca continúan en moda.

En algunos vestidos de chaconá ó de muselina estampada se ponen pequeños fichús de la misma tela, á lo Luis XIII, guarnecidos de rizados, ó de un jareton puesto en tablas, ó pliegues gruesos. Las bertas, que terminan en punta por delante y por detrás, con el mismo guarnecido, entran en el número de estos adornos. Las mangas se llevan bastante anchas: por lo general son de corte cuadrado, y abiertas desde la sangría: esta forma es muy cómoda para verano.

AURORA PEREZ MIRON.

## Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.<sup>a</sup> Traje de baile, de tarlatana blanca, adornado de espiguillas de paja y flores silvestres.

La primera falda de este vestido lleva, principian-do desde el bajo, seis volantes muy estrechos con dos espiguillas de paja cada uno: desde el último volante hasta la cintura formando delantal van varios órdenes de bullones colocados en tablas. Sobre esta primera falda lleva otras tres, que redondeándose por delante, dejan ver el delantal, y está cada una adornada por dos espiguillas paralelas, y una en medio de ambas formando picos: ramos de flores sujetan estas faldas sobre el delantal, y una guirnalda igual va colocada sobre los volantes cerrándole completamente.

Cuerpo escotado de talle redondo: berta de drapería terminada por un volante con presillas de paja. Esta berta es igual por detrás que por delante.

Manga corta y muy hueca, concluyendo en un volante estrechito con espiguillas de paja.

Adorno de flores iguales á las del traje, formando guirnalda sobre la cabeza, y grupos á los lados, cerrando por detrás en moña muy baja.

FIG. 2.<sup>a</sup> Traje de gró negro y de gró escocés, con adornos de flecos.

Este vestido, que es de dos faldas, está compues-to de dos telas diversas, haciendo con ellas un traje de disposicion. La primera falda es de gró negro, lisa toda la parte de arriba, y como desde la mitad se colocan tiras del gró escocés, separándolas de modo que entre ellas se vea otra tira negra de la falda como un entredos. La falda de encima está toda cubierta de iguales disposiciones á las que se han puesto á la mitad inferior de la de abajo, terminándola al canto un fleco que case con las dos telas.

Cuerpo alto, negro, de talle redondo, formando peto algunas tiras de la misma clase de las de la falda.

La manga es lisa en su parte superior, á la que va unida un bullon, y una guarnicion ancha con la misma disposicion de la falda en el volante y todo el resto de la manga negra.

Manteleta-chal de forma doble. Esta manteleta es de cachemir negro, adornada al rededor por una tira de cachemir de color de cereza y una ancha guarnicion de guipure.

Sombrero de paja de arroz y tul blanco. La mitad del ala va cubierta de tul hasta el borde, en el que lleva una puntilla fruncida al aire. Desde el sitio en que termina el tul, es de paja, y está en una sola pieza de ella el fondo y el bavolet. Debajo del bavolet de paja hay otro de tul con una puntilla que sobresale á la paja dos ó tres centímetros. Un grupo de blonda, hojas de yedra y bayas va colocado en forma de moña. En el rizado blanco que rodea la cara, un grupo de las mismas hojas, y una rosa al lado izquierdo.